

“La necesidad del hombre de trascender, de no morir o dejar de ser, lo ha llevado a buscar los medios necesarios para proyectarse aún después de la muerte. Así, ha encontrado que a través de la danza, las flores y los cantos o de la existencia en otra vida logrará ese fin anhelado que no se rompe con la muerte física y es el momento en que los dioses de la muerte hacen su presencia plena y total y se crean los lugares diversos para ir después de la misma”

-Eduardo Matos Moctezuma

“Mucho se habla del tema pero poco se conoce y siento que la verdadera esencia se ha perdido...”, escuché a una viejita decir mientras contemplaba una ofrenda de Día de Muertos. Y es cierto que conforme las ciudades se van prendiendo de colores y flores, muchos de nosotros sentimos una extraña sensación: celebramos algo, pero no es lo que vemos en las calles, una parte falta: los elementos simbólicos de la ofrenda están ausentes, se han perdido y distorsionado. Esto es debido a la entrada de las modas culturales. La psicología analítica es una materia que, para explicar lo que nos sucede tanto a nivel psicológico como a nivel simbólico, integra diferentes disciplinas o especialidades, algunos de sus términos proceden de la psicología, otros de la antropología, otros de la historia de las religiones, etc., todos para comprender por qué cada uno de nosotros como mexicanos, dentro de nosotros mismos, es decir en nuestro interior, tenemos, sin que nos lo impongan, un vínculo con nuestros ancestros que nos hace retenerlos en nuestro corazón y en nuestra memoria. Y contar con la seguridad de que eso que aún amamos y recordamos como mexicanos, no es la muerte sino la vida, para así reforzar esta bella tradición cultural que hemos recibido generación tras generación y separarla de la destructiva publicidad y conducta consumista del “Halloween”, que en un trato de burla y humillación, tratan de arrebatarnos como identidad.

Desde la visión del Historiador de las Religiones, Mircea Eliade, en la ofrenda, están representados los ciclos naturales de la vida y sus cuatro elementos, la tierra por sus frutos y semillas, el fuego por las velas, el aire por el incienso y el agua por sus bebidas, estos elementos juegan e interactúan teniendo como principal simbolismo: la matriz sagrada, que es nuestra madre tierra, nuestra madre arquetípica. Para los mexicas y ahora nosotros como mexicanos es Tlaltecútl, “señora de la tierra” quien al ser desgarrada en dos se crean el mundo inferior y el mundo superior: la tierra y el cielo se materializan. Caótica y fértil quien, una vez muerta, estalla de vida; una devoradora que nutre y hace vivir la Tierra que, con el sol, se reparte el imperio del mundo. Asumir un doble papel en el cosmos es parte de la cosmovisión mesoamericana, ya que nada viene sin su opuesto complementario. Así ella tiene funciones generativas, tanto en el principio del ciclo vegetal como en la

concepción de los seres humanos; y por el otro, es una devoradora insaciable de sangre y cadáveres. De manera general, Tlaltecuhli, señora de la tierra, es la encargada de devorar cadáveres: la carne y la sangre son su alimento para posteriormente parir el alma de cada persona para que pueda iniciar el viaje al Mictlán.

Y es que es el alimento y la integración del mismo al cuerpo y al espíritu lo que estamos celebrando en esta época del año. La ofrenda de Día de Muertos es un ritual de regeneración, de integración y celebración de vida a través del alimento. Esto es bastante claro en las celebraciones rituales del ciclo sagrado de la vida que llevaban a cabo los mexicas y pueblos originarios en México y de las cuales se deriva la ofrenda de Día de Muertos: las veintenas. Durante la veintena 12: *teotleco* (ca. 4-23 de octubre) los ritos principales se enfocaban en dos aspectos: la llegada de los dioses a la tierra y la celebración de *Huehueteótl*, "dios viejo", dios del fuego terrestre. Esto es que, en tanto la luz exterior se va apagando, el sol va muriendo y en nuestro interior vamos iniciando un proceso de esperanza del nuevo fuego, es decir, vamos encendiendo nuestra luz interior para sobrevivir al invierno. Durante la veintena 13: *tepeílhuatl* (ca. 24 de octubre- 12 de noviembre), las fiestas estaban asociadas principalmente a los tlaloque (ayudantes de Tláloc), a los que se les festejaba en su aspecto de cerros, pues se creía que en ellos se almacenaban las aguas. El agua y los cerros han sido considerados elementos sagrados para los pueblos originarios de este país ya que representan: el cerro la matriz sagrada y las aguas que surgen de éste: el líquido que sostiene la vida: el líquido amniótico. Entonces, lo que estamos celebrando es la vida y como tal lo que debe haber en nuestra ofrenda de gratitud hacia la madre tierra con elementos que se derivan y nos conectan con la misma: semillas, frutos, dulces, licores, flores, etc.

El concepto de rendirle culto a la muerte es una mala interpretación, una creación de las modas culturales, las cuales no distinguen entre sacrificio y ofrenda. Una moda cultural es una práctica NO RITUAL que establece un protocolo SIN UN ARRAIGO CULTURAL, es decir de no identidad con el pueblo originario y que tiene como objetivo el consumo. El día de halloween es una celebración de sacrificio, ya que se consigna, es decir se elige una víctima, la cual será ejecutada; así este día está asociado a la agresión, la culpa y la vergüenza. Así mismo, la calavera es un emblema de la caducidad de la existencia, un personaje creado desde la sátira y con fines políticos. La invasión de las terapias *POP*, *New Age* y neofolclorismos han creado murallas que ponen en riesgo la existencia de uno de los grandes legados culturales, nombrado patrimonio intangible de la humanidad por la UNESCO. Los símbolos de la ofrenda "de muertos" mesoamericana representan toda una cosmovisión: el altar es la representación simbólica del vientre y de la tierra, de las

regeneraciones y transformaciones sucesivas de la vida; el mantel blanco representa la pureza de la reunión, el maíz y derivados simbolizan el ciclo vital del cuerpo humano, las semillas inmortalidad, potencial de vida y manifestación, el café la energía que inyecta a la vida; los frutos el crecimiento y la evolución hacia lo espiritual; los dulces mexicanos la alegría que llevan a autorrealizarnos, la sal la purificación del alma; el cempazúchitl recorrido de la vida que nace de la muerte, el retorno cíclico del encuentro...

Los teóricos de la especialidad del duelo, como Anne Ancelin Schützenberger y Evelyn Bissone, han puesto mucho énfasis en la creación de los propios rituales para enfrentar y vivir con la pérdida, sin embargo nosotros, por nuestras raíces y tradiciones culturales no necesitamos crear estos rituales porque en nuestra celebración del ciclo vida-muerte-resurrección ya están integrados. Somos de las pocas culturas que vivimos recordando, no hemos olvidado la presencia de aquello que nos brinda la memoria: la alegría de vivir. Lo que hemos perdido es la conexión simbólica, el cómo entrar al lenguaje de lo sagrado. Nuestra conexión es más profunda: no estamos celebrando al muerto, sino la vida de ambos lados a través de la memoria:

[...] Con flores aquí
se entreteje la nobleza,
la amistad.
Gocemos con ellas,
casa universal suya es la tierra.

¿En el sitio de lo misterioso aún
habrá de ser así?
Ya no como aquí en la tierra:
las flores, los cantos
solamente aquí perduran.

Solamente aquí una vez
haya galas de uno a otro.
¿Quién es conocido así allá?
¿Aún de verdad hay allá vida?

¡Ya no hay allá tristeza,
allá no recuerdan nada... ay!

¿Es verdad nuestra casa:
también allá vivimos?”.

Nezahualcóyotl, filosofía náhuatl